



COMUNIDAD CRISTIANA EBEN-EZER
DE VALLECAS-VILLA

Pr. Joaquín Yebra.
Barcelona, Floreal, 2016.

“UNA BREVE APROXIMACIÓN A LA REVELACIÓN Y EL PAPEL DEL LENGUAJE CON SUS IMPLICACIONES SOCIALES”.

Contenido

| | |
|-----------------------------|----|
| INTRODUCCIÓN: | 2 |
| REVELACIÓN Y LENGUAJE..... | 7 |
| “YO SERÉ EL QUE SERÉ” | 16 |
| POESÍA Y PROFECÍA..... | 37 |
| CONCLUSIÓN:..... | 40 |

INTRODUCCIÓN:

Etimológicamente, “revelación” procede del griego “*apokalyptein*”, y de éste nos llega al latín “*revelare*”, con el mismo sentido de “*sacar a la luz*”, “*dar a conocer lo que previamente estaba escondido*”.

Desde la perspectiva teológica se trata de la manifestación de Dios al hombre por pura iniciativa suya dentro del marco histórico.

En este estudio empleamos siempre la voz “*hombre*” en el sentido de “*ser humano*”, es decir, *varón y mujer*.

En las Sagradas Escrituras hebreas del Antiguo Testamento nos llega la noción de la “*revelación*” como “*Palabra de Dios*” dirigida a Israel, las tribus hebreas llamadas a ser una nación como luz de Dios a las demás naciones de la tierra.

La “*Palabra de Dios*” no es sólo comunicación lingüística, sino fuerza dinámica que apela al hombre y le dirige a la toma de decisiones dentro del ámbito de su libertad para escoger.

Es decir, se trata de una llamada de la “*Palabra de Dios*” a la acción del hombre.

Esa llamada y su respuesta por parte del hombre es lo que la Biblia denomina “*fe*”.

Una creencia sin la pertinente acción no es la fe bíblica, sino lo que la propia Sagrada Escritura denomina “*fe muerta*”:

Santiago 2:14-26:

*“Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras?
¿Podrá la fe salvarle?”*

Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día,

y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?”

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma.

Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras.

Tu crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan.

¿Mas quiere saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?

¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar?

¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras?

Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios.

Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe.

Asimismo también Rahab la ramera, ¿no fue justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino? (Josué 2:1-21).

Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.”

Esa “fe muerta” es equivalente a la gracia divina degenerada en libertinaje, de la que habla el Apóstol Judas:

Judas 4:

“Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de Dios, y niegan a Dios el único Soberano, y a nuestro Señor Jesucristo.”

El punto central de la “revelación” es el Pacto o Alianza establecido por Dios con su pueblo, mediante el cual esa relación pactual se convierte en la “Palabra de Dios” por excelencia.

En las Sagradas Escrituras griegas del Nuevo Testamento, la renovación del Pacto o Alianza se convierte en “Palabra de Dios” encarnada:

Juan 1:1, 14:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.”

La voz “revelación” no aparece en el texto escritural, sino que se trata de la designación convencional que damos para referirnos a lo que en las Sagradas Escrituras nos llega bajo las categorías de “aparecerse”, “manifestarse”, “palabra”, “nombre” y

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

“*gloria de YHVH*”, siempre como manifestaciones de la voz divina dentro del marco de la historia de los hombres.

Génesis 26:24:

“Y se le apareció YHVH aquella noche (a Isaac), y le dijo: Yo soy el Dios de Abraham tu padre; no temas, porque yo estoy contigo, y te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia por amor de Abraham mi siervo.”

Éxodo 3:1:

“Apacentando Moisés las ovejas de Jetro su suegro, sacerdote de Madián, llevó las ovejas a través del desierto, y llegó hasta Horeb, monte de Dios.

Y se le apareció el Ángel de YHVH en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía.”

Isaías 30:27:

“He aquí que el nombre de YHVH viene de lejos; su rostro encendido, y con llamas de fuego devorador; sus labios llenos de ira, y su lengua como fuego de consume.”

Jeremías 9:11:

“Reduciré a Jerusalem a un montón de ruinas, morada de chacales; y convertiré las ciudades de Judá en desolación en que no quede morador.”

El “*nombre*” siempre se vincula a la actuación de Dios, como vemos en las citas anteriores.

La voz “*dabar*”, traducida generalmente por “*palabra*”, a la que dedicaremos consideración más adelante, es el término hebreo que subraya el hecho de que Dios se comunica, se da a conocer de manera creativa, como en el caso de la Creación, o bien en forma de instrucción y enseñanza.

La “*palabra*” es el intercambio entre Dios y el hombre. La “*visión*” sólo es una llamada de atención, pero el mensaje es siempre “*palabra*”.

De ahí que el “*pecado*” del hombre radique siempre en no oír la “*palabra*”, en despreciarla.

La “*gloria de YHVH*” es expresión acuñada en el círculo sacerdotal del Antiguo Testamento para referirse a la dinamicidad y a la iniciativa divina, en oposición a la visión estática del politeísmo pagano y sus “*dioses*” carentes de “*espíritu*”, de aliento en sus bocas, creados a imagen y semejanza del propio hombre.

Salmo 115:1-8:

“No a nosotros, oh YHVH, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, por tu verdad.

¿Por qué han de decir las gentes: ¿Dónde está ahora tu Dios?

Nuestro Dios está en los Cielos; todo lo que quiso ha hecho.

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Los ídolos de ellos son plata y oro, obra de manos de hombres.

Tienen boca, mas no hablan; tienen oídos, mas no ven;

Orejas tienen, mas no oyen; tienen narices, mas no huelen;

Manos tienen, mas no palpan; tienen pies, mas no andan; no hablan con su garganta.

Semejantes a ellos son los que los hacen, y cualquiera que confía en ellos.”

La “revelación” es esencialmente interpersonal, procede siempre de la iniciativa divina, de manera que no es el hombre quien descubre a Dios, sino el Eterno quien se manifiesta y da a conocer cuando Él quiere y cómo Él quiere.

Sin embargo, lo que aporta unidad a la economía de la “revelación” es la Palabra:

Éxodo 19:5-6:

“Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi Pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra.

Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel.”

Es evidente la predominancia de la escucha sobre la visión:

Deuteronomio 6:4-9:

“Oye, Israel: YHVH nuestro Dios, YHVH uno es.

Y amarás a YHVH tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas.

Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón;

Y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes.

Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos;

Y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas.”

Dios llama a los “profetas”, hebreo “neviim”, los “llamados”, y los envía a “hablar”, a cuya semejanza vemos en el Nuevo Testamento a los “apóstoles”, del griego “apóstolos”, voz cuyo significado es “uno enviado con un mensaje”.

En las Escrituras Griegas del Nuevo Testamento, la “Palabra de Dios” asume la carne humana y el lenguaje de los hombres en la persona de Jesús de Nazaret como consumación de todas las anteriores acciones reveladoras de Dios.

Los términos empleados para referirse a la “revelación” son variados; por ejemplo “apokalyptein”, “revelar”, “desvelar”, “correr un velo”, “sacar a la luz”; “phaneroo”, “divulgar cosas que estaban ocultas”; “gnorítsein”, “dar a conocer”; “didaskhein”, “enseñar”, “instruir”, “mostrar”; “kerygma”, “anuncio”,

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

“proclamación”; “mysterion”, “signo”, “prodigio”; y siempre son voces referidas a la persona de Jesucristo, sus acciones y sus enseñanzas.

Juan 1:1-5, 14:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.

Éste era en el principio con Dios.

Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que había sido hecho, fue hecho.

En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella...

Y aquel Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.”

Juan 1:18:

“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer.”

Juan 14:8-11:

“Felipe le dijo (a Jesús): Señor, muéstranos el Padre, y nos basta.

Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?

¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, Él hace las obras.

Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras.

REVELACIÓN Y LENGUAJE

Éxodo 20:1-17.

Este breve versículo 1 introduce la revelación de Dios en el Sinaí, y lo hace como un acontecimiento lingüístico, estrictamente verbal, sin ninguna referencia visual, excepto la llamada de atención que representa la zarza ardiente que no se consume:

Deuteronomio 4:12:

“Y habló YHVH con vosotros de en medio del fuego; oísteis la voz de sus palabras, mas a excepción de oír la voz, ninguna figura visteis.”

Se trata de un fenómeno colectivo que trasciende los diversos mensajes particulares de parte de Dios en el pasado.

La Ley de Moisés tiene su tiempo y lugar, pero las *Diez Palabras*, el *Decálogo*, representan el fundamento moral universal.

No hacer la correspondiente distinción entre la Ley de Moisés y la Santa Ley de Dios puede inducir a muchos errores doctrinales.

La revelación de Dios en Sinaí representa el encuentro entre una voz –la voz de Dios- y Moisés, que la capta y recibe juntamente con ella la Gracia de Dios para descifrarla.

Así es como el propio Dios abre las puertas de la hermenéutica al hombre.

La revelación de Dios en el Sinaí, como todo proceso de comunicación, representa la dialéctica entre dos polos: Un emisor y un receptor.

Y es que no puede darse la comunicación sin estos dos polos, uno que emite y otro que recibe.

Tampoco puede haber revelación posible sin estos dos polos, por cuanto la revelación es fundamentalmente comunicación, y ésta es a su vez comunión.

El trabajo de Moisés consiste en interpretar la voz divina.

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

La emisión de la voz divina representa un nivel primordial del lenguaje que trasciende la división interior en unidades semánticas distintas y discernibles en las que los seres humanos produciremos todas las interpretaciones posibles.

Cuando esas divisiones interiores superan a la voz divina, se produce la intransigencia dogmática que aborta toda posibilidad de diálogo, es decir, cierra el camino al entendimiento.

De ahí la sabiduría prudente que encierra la máxima de *“hablar donde la Escritura habla, y callar donde ésta calla.”*

La voz divina representa el símbolo de la pura virtualidad del sentido, anterior a toda enunciación lingüística específica que nos tocará a nosotros realizar humildemente, procurado no olvidar que el lenguaje dialogal es donde aparece el mundo, el cual no puede ser comprensible fuera del diálogo con los demás.

La organización del lenguaje en enunciados lingüísticos diferentes unos de otros no surge sino después de que el hombre se apropia de él y lo lleva a sus diversos contextos.

El lenguaje de Dios llega a todos los mundos, sin excepción, en una semántica infinita que permite el fenómeno de la traducibilidad, no sólo lingüística, sino dinámica.

Sin embargo, la multiplicidad de puntos de vista en la cultura semítica no conduce necesariamente al relativismo ni al escepticismo, como acontece en la cultura latina – heredera de la griega- sino al diálogo y al encuentro.

Por eso es que no se da la dogmática en las Sagradas Escrituras, sino historia, épica, biografía, instrucción, poesía, sabiduría popular, parábola, pero no hay tal cosa como artículos de fe redactados en lenguaje abstracto que generalmente casi nadie entiende.

Eso es algo que ha impuesto el cristianismo institucionalizado en su afán por el dominio excluyente.

Dios no dicta una confesión doctrinal, sino que abre canales de diálogo con el hombre, por cuanto no podemos comprendernos a nosotros mismos fuera de nuestra relación con los demás.

Dios se ha revelado como palabra dialogante con los hombres.

Eso es precisamente lo que nosotros queremos decir por *“hermenéutica abierta”*.

La *“Hermenéutica”*, del griego *“hermeneutikós”*, *“interpretación”*, representa el arte de explicar símbolos y textos.

Se trata, pues, de algo que va mucho más allá de la traducción o interpretación de la obra, pues incluye su comprensión, integración, comunicación y transmisión.

Eso demanda un esfuerzo que va mucho más allá de la traducción, hasta ponernos en el punto de vista del autor, de sus motivaciones, pero también del receptor del texto que lo recibe y lo actualiza para pasar el testigo a otros.

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Va a ser el hombre quien dé sentido al pensamiento, al texto, a la obra de arte, a la composición musical, pues todas esas cosas por sí mismas, sin su destinatario, carecerían de sentido.

Cuando en la realidad humana una idea pretende hacerse pasar por absoluta, atenta contra la plasticidad inherente de la Palabra de Dios, que es Palabra de Dios al hombre.

Así es como brota la dogmática, siempre intransigente por definición, que obstaculiza e impide la realización del “diálogo”, del latín “*dialogus*”, que a su vez viene del griego “*dialogos*”, vocablo formado por las voces “*dia*”, “*a través*”, y “*logos*”, “*palabra*”.

Es decir, dialogar es “*dejarse atravesar por la palabra del otro*”; es “*ponerse en el punto de vista del otro*”, y lo que es más: “*asumir que el otro pueda tener razón*”, y que “*nuestro punto de vista pueda estar equivocado*”.

La expresión “*Dios Viviente*” es la fórmula escritural que alude a esta capacidad sin límites de la revelación divina para revelarse bajo formas siempre nuevas, como anticipándose a la tendencia humana de encerrar a Dios, sea en sagrarios, sea en edificaciones o sea en artículos dogmáticos.

Los ídolos de las naciones no admiten el diálogo, por cuanto carecen de capacidad para hablar.

Son sus constructores y mantenedores quienes hablan por ellos en sus dogmas inamovibles, y así es como siempre han luchado, y siguen haciéndolo, contra la experiencia del hombre, cuyo desarrollo coincide con su capacidad de transmitir su experiencia vital.

Después de la teofanía en Sinaí, la voz de Dios siguió manifestándose al pueblo hebreo en su travesía del desierto.

Entonces lo hizo en un lugar específico: El “*Tabernáculo de Reunión*”, literalmente “*La Tienda del Encuentro*”.

“*Teofanía*”, del griego “*theofáneia*”, de “*theos*”, “*dios*”, y “*faino*”, significa “*manifestación*”, “*revelación*”, “*acto de darse a conocer*”.

En esos encuentros o citas con Moisés, el Señor hablaba con él, y él hablaba con el Señor, siempre en diálogo, lo que significa que la experiencia vital del ser humano siempre se dará primordialmente dentro del lenguaje.

Números 7:89:

“Y cuando entraba Moisés en el tabernáculo de reunión, para hablar con Dios, oía la voz que le hablaba de encima del propiciatorio que estaba sobre el arca del testimonio, de entre los dos querubines; y hablaba con él.”

Esto nos habla de una revelación primordial, continuada y permanente, lo más contrario a toda institución religiosa organizada siguiendo el modelo del estado secular, fenómeno que acontecería con la romanización de la iglesia naciente, y sus subsiguientes maridajes con diversos poderes hasta nuestros días.

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

De ahí la tendencia del *religionismo* institucionalizado a entrar en maridaje con los poderes estatales sostenidos siempre bajo amenaza de las armas, en un proceso creciente de distanciamiento de las pisadas del Maestro.

En el capítulo 22 del libro de los Números hallamos el curioso pasaje de Balaam (hebreo “*Bilam*”, “*devorador*”, “*engañador*”, del verbo “*balá*”, “*tragar*”, “*devorar*”), taumaturgo (del griego “*tauma*”, “*maravilla*” y “*ergon*”, “*trabajo*”) y adivino mesopotámico, llamado por Balac para que maldijera al pueblo de Israel, pues se disponía a emprender guerra contra los israelitas.

Balaam aceptó la invitación de Balac, pero en el camino le sale al encuentro el Ángel de YHVH, al que no puede ver, pero su burra sí lo ve, y se niega a seguir adelante:

Números 22:12-23:

“Entonces dijo Dios a Balaam: No vayas con ellos, ni maldigas al pueblo, porque bendito es.

Así Balaam se levantó por la mañana y dijo a los príncipes de Balac: Volveos a vuestra tierra, porque YHVH no me quiere dejar ir con vosotros.

Y los príncipes de Moab se levantaron, y vinieron a Balac y dijeron: Balaam no quiso venir con nosotros.

Volvió Balac a enviar otra vez más príncipes, y más honorables que los otros;

los cuales vinieron a Balaam, y le dijeron: Así dice Balac, hijo de Zipor: Te ruego que no dejes de venir a mí;

porque sin duda te honraré mucho, y haré todo lo que me digas; ven, pues, ahora, maldíceme a este pueblo.

Y Balaam respondió y dijo a los siervos de Balac: Aunque Balac me diese su casa llena de plata y oro, no puedo traspasar la palabra de YHVH mi Dios para hacer cosa chica ni grande.

Os ruego, por tanto, ahora, que reposéis aquí esta noche, para que yo sepa qué me vuelve a decir YHVH.

Y vino Dios a Balaam de noche, y le dijo: Si vinieron para llamarte estos hombres, levántate y vete con ellos; pero harás lo que yo te diga.

Así Balaam se levantó por la mañana, y enalbardó su asna y fue con los príncipes de Moab.

Y la ira de Dios se encendió porque él iba; y el ángel de YHVH se puso en el camino por adversario suyo. Iba, pues, él montado sobre su asna, y con él dos criados suyos.

Y el asna vio al ángel de YHVH, que estaba en el camino con su espada desnuda en su mano; y se apartó el asna del camino, e iba por el campo. Entonces azotó Balaam al asna para hacerla volver al camino.”

Enfurecido sobremanera, Balaam golpea al asna con su bastón hasta tres veces:

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Números 22:24-27:

“Pero el ángel de YHVH se puso en una senda de viñas que tenía pared a un lado y pared al otro.

Y viendo el asna al ángel de YHVH, se pegó a la pared, y apretó contra la pared el pie de Balaam; y él volvió a azotarla.

Y el ángel de YHVH pasó más allá, y se puso en una angostura donde no había camino para apartarse ni a derecha ni a izquierda.

Y viendo el asna al ángel de YHVH, se echó debajo de Balaam; y Balaam se enojó y azotó al asna con un palo.”

Entonces Dios habló por medio de aquella bestia de carga:

Números 22:28:

“Entonces YHVH abrió la boca al asna, la cual dijo a Balaam: ¿Qué te he hecho, que me has azotado estas tres veces?”

El final de este episodio, uno de los más sorprendentes de toda la Biblia, se encuentra en Números 22:29-35; 24:1-9:

“Y Balaam respondió al asna: Porque te has burlado de mí. ¡Ojalá tuviera espada en mi mano, que ahora te mataría!

Y el asna dijo a Balaam: ¿No soy yo tu asna? Sobre mí has cabalgado desde que tú me tienes hasta este día; ¿he acostumbrado hacerlo así contigo? Y él respondió: No.

Entonces YHVH abrió los ojos de Balaam, y vio al ángel de YHVH que estaba en el camino, y tenía su espada desnuda en su mano. Y Balaam hizo reverencia, y se inclinó sobre su rostro.

Y el ángel de YHVH le dijo: ¿Por qué has azotado tu asna estas tres veces? He aquí yo he salido para resistirte, porque tu camino es perverso delante de mí.

El asna me ha visto, y se ha apartado luego de delante de mí estas tres veces; y si de mí no se hubiera apartado, yo también te mataría a ti, y a ella dejaría viva.

Entonces Balaam dijo al ángel de YHVH: He pecado, porque no sabía que tú te ponías delante de mí en el camino; mas ahora, si te parece mal, yo me volveré.

Y el ángel de YHVH dijo a Balaam: Vé con esos hombres; pero la palabra que yo te diga, esa hablarás. Así Balaam fue con los príncipes de Balac...

Cuando vio Balaam que parecía bien a YHVH que él bendijese a Israel, no fue, como la primera y segunda vez, en busca de agüero, sino que puso su rostro hacia el desierto;

Y alzando sus ojos, vio a Israel alojado por sus tribus; y el Espíritu de Dios vino sobre él.

Entonces tomó su parábola, y dijo:

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

*Dijo Balaam hijo de Beor,
Y dijo el varón de ojos abiertos;
Dijo el que oyó los dichos de Dios,
El que vio la visión del Omnipotente;
Caído, pero abiertos los ojos:
¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jacob,
tus habitaciones, oh Israel!
Como arroyos están extendidas,
Como huertos junto al río,
Como áloes plantados por YHVH,
Como cedros junto a las aguas.
De sus manos destilan aguas,
Y su descendencia será en muchas aguas;
Enaltecerá su rey más que Agag,
Y su reino será engrandecido.
Dios lo sacó de Egipto;
Tiene fuerzas como de búfalo.
Devorará a las naciones enemigas,
Desmenuzará sus huesos,
Y las traspasará con sus saetas.
Se encorvará para echarse como león,
Y como leona; ¿quién lo despertará?
Benditos los que te bendijeren,
Y malditos los que te maldijeren.”*

El que había sido contratado para maldecir a Israel, ahora no puede hacerlo, ante la contemplación del pueblo del Señor en su belleza, sino que lo bendice con la bendición que le fue dada a Jacob y la profecía que le fue dada a Abraham:

Génesis 49:9-10:

“Cachorro de león, Judá; de la presa subiste, hijo mío. Se encorvó, se echó como león, así como león viejo: ¿quién lo despertará?”

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos.”

Números 24:9:

“Se encorvará para echarse como león, y como leona; ¿quién lo despertará? Benditos los que te bendijeren, y malditos los que te maldijeren.”

Génesis 12:3:

“Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.”

Pero ¿quién es este “*Siloh*” o “*Silo*” cuya venida se anuncia?

“*Silo*” es una localidad situada entre Siquem y Betel, como se desprende de Jueces 21:19, donde se nos dice que se celebraba allí una fiesta anual durante el período de los Jueces, los “*shoftim*” o “*libertadores*”, es decir, los llamados y enviados por Dios como garantes de la libertad del pueblo:

“Ahora bien, dijeron, he aquí cada año hay fiesta solemne de YHVH en Silo, que está al norte de Betel, y al lado oriental del camino que sube de Betel a Siquem, y al sur de Lebona.”

En Silo fue donde Josué estableció el Tabernáculo, como vemos en Josué 18:1:

“Toda la congregación de los hijos de Israel se reunió en Silo, y erigieron allí el tabernáculo de reunión, después que la tierra les fue sometida.”

El Tabernáculo y el Arca de la Alianza permanecieron en Silo hasta el momento en que se perdieron durante el tiempo de Elí, época en que la idolatría había penetrado profundamente entre el pueblo hebreo:

Jueces 18:31:

“Así tuvieron levantada entre ellos la imagen de talla que Micaía había hecho, todo el tiempo que la casa de Dios estuvo en Silo.”

Sabemos también que el profeta Ahías, quien profetizó contra Jeroboam, residió en Silo:

1º Reyes 14:2:

“Y dijo Jeroboam a su mujer: Levántate ahora y disfrázate, para que no te conozcan que eres la mujer de Jeroboam, y vé a Silo; porque allá está el profeta Ahías, el que me dijo que yo había de ser rey sobre este pueblo.”

Tratándose de un lugar sagrado, es muy posible que se transfiriese con sentido de nombre personal para designar al Mesías, pues el sentido de esta voz es “*el que es*”.

Volviendo al episodio de la burra, vemos que la boca de la bestia de carga nos muestra que Dios puede expresarse a través de todas sus criaturas, pues el poder del propio Balaam era semejante al del animal.

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Cuando el ser que habla no tiene conciencia de lo que dice –como en el caso de la borrica- eso no significa que no pueda enseñarnos algo de provecho.

Somos nosotros quienes precisamos aprender a escuchar la voz de Dios:

Salmo 19:1-4:

“Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos.

Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría.

No hay lenguaje ni palabras, ni es oída su voz.

Por toda la tierra salió su voz, y hasta el extremo del mundo sus palabras.”

Isaías 30:21:

“Entonces tus oídos oirán a tus espaldas, palabra que diga: Este es el camino, andad por él; y no echéis a la mano derecha, ni tampoco torzáis a la mano izquierda.”

La voz de la burra fue una metonimia del discurso permanente de la voz divina.

“Metonimia”, del griego “metonomazein”, cuyo sentido es el de “recibir un nuevo nombre”.

Ejemplos:

“Se comió tres platos”. (Entiéndase que se comió su contenido).

“Le hizo daño el sol”. (Entiéndase el calor del sol).

“La media luna dominó la Península”. (Entiéndase los musulmanes).

“El primer violín de la orquesta”. (Entiéndase el primer violinista).

“Leyó a Shakespeare”. (Entiéndase que leyó obras de Shakespeare).

“Cervantes es la mejor pluma de la literatura castellana”. (Entiéndase el mejor escritor o el más representativo de la lengua).

Ese discurso permanente de la voz divina nos muestra el principio general de un lenguaje inteligible para el hombre, que emana de la Creación Divina en su totalidad, como se desprende del paralelismo sinonímico con que comienza el Salmo 19:

Salmo 19:1:

“Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos.”

Aquí hallamos la estructura perenne de la revelación de Dios, la cual siempre precisa una fuente externa de conocimiento y un sujeto sensible que sepa recibirla y descifrarla.

No hay revelación sino a través de la interpretación que el hombre hace de ella, tratando de verla desde dentro.

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Y el arte de esa recepción y su capacidad para descifrarla demanda del hombre una gran dosis de humildad en forma de diálogo, lo que infortunadamente jamás ha caracterizado, ni caracteriza, a la religión estructurada e institucionalizada, por cuanto la promulgación dogmática y el diálogo jamás pueden encontrarse.

La revelación es un encuentro entre una llamada que emana del mundo de Dios y un sujeto que la percibe y la interioriza.

Sin esa interiorización dialogante resultará imposible descifrarla.

Entonces el resultado será el dogmatismo y la intransigencia, que a su vez degenerará en la violencia.

Esto es válido para todos los episodios de la historia bíblica, así como para la historia de las relaciones entre los seres humanos.

Nuestros conocimientos formales de hermenéutica convencional se quedarán siempre muy cortos en nuestro empeño por interpretar las Sagradas Escrituras, pues no se trata de acometer su estudio como si se tratase de hacer una exégesis de cualquier otra pieza de literatura.

La voz de Dios no puede ser ignorada en nuestro esfuerzo interpretativo.

Por otra parte, la voz de Dios posee la característica de no tener interrupción, antes bien es un flujo ilimitado e infinito.

Todo aquello que los entendidos perciban de esa voz se regirá siempre según la medida de la renovación que hace que el Señor que habló antaño sea el mismo Señor que sigue hablando ogaño.

La petrificación de la voz del Señor por parte del hombre es la más crasa idolatría que podemos acometer.

En la galería de los dogmas promulgados por los hombres sólo se hallan palabras fosilizadas.

Y frecuentemente la religión institucionalizada no es sino el túmulo del Dios vivo.

De ahí que se afirme que *“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy y por los siglos.”* (Hebreos 13:8).

“YO SERÉ EL QUE SERÉ”

Éxodo 3:1-15.

Moisés, el que había sido nieto adoptivo del faraón egipcio y príncipe de Egipto, ahora era un simple pastor de las ovejas que no eran siquiera propias, sino que pertenecían al rebaño de su suegro Jetro.

El Ángel de YHVH se le apareció en forma de llama de fuego en medio de una zarza seca que ardía sin consumirse.

Moisés se resistió a cumplir la encomienda que le hizo el Señor:

Éxodo 4:10-12:

“Entonces dijo Moisés a YHVH: ¡Ay, Señor! Nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes, ni desde que tú hablas a tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe de lengua.

Y YHVH le respondió: ¿Quién dio la boca al hombre? ¿o quién hizo al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo YHVH?

Ahora, pues, vé, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar.”

Éxodo 6:2-3:

“Habló todavía Dios a Moisés, y le dijo: Yo soy YHVH.

Y aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente, mas en mi nombre YHVH no me di a conocer a ellos.”

Quien le habla es el que efectivamente se había dado a conocer con anterioridad como “El Shaday”, “El Dios Omnipotente”.

Éxodo 3:13-14:

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

“Dijo Moisés a Dios: He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé?”

Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros.

Además dijo Dios a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: YHVH, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre; con él se me recordará por todos los siglos.”

“Yo soy el que soy” es una traducción muy ambigua del original hebreo “Ehye Asher Ehye”, que presenta un doble futuro con el que Dios revela su identidad, y que antes bien deberíamos traducir mejor por “Yo seré el que seré”.

Desde la cultura greco-latina y sus principios filosóficos fue considerado el “Yo soy el que soy” como el “ser por excelencia”, pero tal idea no se halla en el hebreo original.

“Yo seré el que seré”, con su doble futuro, no responde a las ideas occidentales del “ser”, es decir, de la “esencia” y del “estar”, es decir, de la “existencia”.

“Yo seré el que seré” encierra en sí la elasticidad y la dinámica divinas en su autorevelación a los corazones de los humanos.

Esa elasticidad nos hace recordar el poema de *Francis Thompson* (1859-1907) titulado “*The Hound of Heaven*”, “*El Lebrél del Cielo*”, en el que el Dios Eterno es descrito bajo la figura de un lebrél que recorre el universo tras los corazones de los hombres que huyen de su carrera amorosa, como el lebrél corre tras la pieza de caza.

Recordemos que en las Sagradas Escrituras los nombres de las personas, e incluso de los lugares, nunca son arbitrarios, sino que siempre son portadores de un significado tanto lingüístico como existencial.

El vínculo entre la persona y su nombre no es sólo el de un signo y su referente, como pudiera parecernos a primera vista, sino que en las Sagradas Escrituras ese vínculo también es el de un significante y su significado.

Además, el texto bíblico lo presenta siempre como esencial, y, por tanto, absolutamente necesario.

Los nombres de los personajes bíblicos no son sólo significativos en términos lingüísticos, sino que también deben expresar su ser, su esencia, su personalidad e incluso frecuentemente su propio destino.

Podemos afirmar que en la Biblia el nombre frecuentemente tiene en sí mismo el sentido de una revelación.

“Yo seré el que seré” remite la definición del Ser Divino a la experiencia humana del tiempo, pero sin marcar los límites propios de todas nuestras definiciones humanas.

Podríamos decir que “Yo seré el que seré” es la más clara y concisa manera de negar toda posible definición del Altísimo, la paradoja de la ocultación del que se revela.

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

En este sentido, el segundo “*seré*” en “*Yo seré el que seré*”, no es un signo de identidad con el primero, sino precisamente un signo de diferencia.

El “*yo*”, es decir, el sujeto del discurso, prescinde de todo sentido de identidad estática consigo mismo en provecho de la infinitud de figuras que en el futuro se habrán de producir en la experiencia dialogal entre Dios y el hombre.

Vivimos dentro del tiempo de lo efímero, pero Dios permanece para siempre.

“*Yo seré el que seré*” proyecta la idea de la revelación de Dios en el devenir de los humanos, en el ámbito de la historia, es decir, en la encrucijada del tiempo y el espacio, donde acontece y se desarrolla el destino de la humanidad personal y colectiva.

Génesis 15:7:

“Y le dijo (a Abraham): Yo soy YHVH, que te saqué de Ur de los caldeos, para darte a heredar esta tierra.”

Génesis 17:1:

“Era Abram de edad de noventa y nueve años, cuando le apareció YHVH y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto.”

El hebreo original para “*perfecto*” es “*tamim*” cuyo sentido es el de “*íntegro*”.

Génesis 26:24:

“Y se le apareció YHVH aquella noche (a Isaac), y le dijo: Yo soy el Dios de Abraham tu padre; no temas, porque yo estoy contigo, y te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia por amor de Abraham mi siervo.”

Génesis 31:13:

“Yo soy el Dios de Bet-el, donde tú (Jacob) ungió la piedra, y donde me hiciste un voto. Levántate ahora y sal de esta tierra, y vuélvete a la tierra de tu nacimiento.”

Éxodo 3:6:

“Y dijo (a Moisés); Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios.”

Éxodo 4:12:

“Ahora, pues, vé (Moisés), y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar.”

Éxodo 6:2:

“Habló todavía Dios a Moisés, y le dijo: Yo soy YHVH.”

Éxodo 20:2:

“Yo soy YHVH tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre.”

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Si somos observadores, nos percataremos de que cada vez que Dios se manifiesta, se identifica a sí mismo con una clara referencia a su manifestación anterior, hasta la primera revelación de su Nombre Divino a Abraham, con lo que se destaca la historicidad de nuestra fe y de la historia de la salvación:

Génesis 15:7:

“Y le dijo (a Abraham): Yo soy YHVH, que te saqué de Ur de los caldeos, para darte a heredar esta tierra.”

“Yo seré el que seré” da a conocer y preconiza la diversidad de las manifestaciones divinas:

Hebreos 1:1-4:

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas,

en estos postreros tiempos nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo;

el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas,

hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos.”

La unidad divina va afirmándose progresivamente en la medida en que se presenta como idéntico a Aquél que se ha manifestado previamente:

Éxodo 3:16:

“Vé (Moisés), y reúne a los ancianos de Israel, y diles: YHVH, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, me apareció: En verdad os he visitado, y he visto lo que se os hace en Egipto.”

“El Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob” son tres genitivos (del latín “gignere”, “engendrar”, y señala “posesión” o “pertenencia”), los cuales no designan los tres objetos de una acción cuyo sujeto sería “Dios” –el Dios que se reveló a cada uno de los tres patriarcas-, sino el Dios que cada uno de ellos eligió servir y obedecer.

Estos genitivos son el vínculo entre la llamada de Dios y la respuesta del hombre.

Recordemos que “obedecer”, nos ha llegado del latín “oboedire”, que se deriva de “audire”, es decir, de “oír”, de lo que se deduce que quien obedece es quien verdaderamente “ha oído”.

Salmo 95:7-8:

“Porque él es nuestro Dios; nosotros el pueblo de su prado, y ovejas de su mano. Si oyereis hoy su voz,

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

No endurezcáis vuestro corazón, como en Meriba, como en el día de Masah en el desierto.”

Hebreos 3:15:

“Entre tanto que se dice: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación.”

Es decir, “*El Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob*” presenta tres *genitivos subjetivos* antes que *objetivos*, a través de los cuales se da a conocer el papel desempeñado por el hombre.

Estos tres patriarcas son coautores en la constitución de la idea divina en forma experiencial, dialogal y dinámica, muy alejada de los conceptos teológicos y filosóficos de nuestro Occidente impregnado de filosofía griega.

La coautoría de estos tres patriarcas muestra a Dios como *genio* y a los hombres a quienes alcanza la revelación como *cogénios*.

Los tres patriarcas no nos legan una dogmática, sino sencillamente el testimonio de su experiencia vital con Dios.

Los tres caminaron por la senda de la vida con Dios, a veces delante, a veces detrás, y a veces se extraviaron por otros vericuetos.

En este sentido se trata de tres figuras diferentes de la Divinidad, que reflejan la realidad de tres vivencias espirituales con claros signos distintivos.

Ese es el sentido de las palabras del Señor en Éxodo 6:2:

“Habló todavía Dios a Moisés, y le dijo: Yo soy YHVH.”

El *genitivo*, que a la vez relaciona y separa al *locutor divino* del *auditor humano*, así como las expresiones *pronominales del relativo* en “*el que*”, “*aquello que*”, o “*para el que*”, en la fórmula “*yo seré el que seré*” crea un espacio que pertenece a la experiencia vital del ser humano y su expresión lingüística.

El “*yo*” es un insondable abismo que se entrega a la experiencia humana a través del lenguaje, ámbito en el que vivimos, expresado en la lengua hebrea mediante el “*Álef*”, la primera letra del alfabeto, cuyo valor numérico es el “*uno*” tanto de la Divinidad como del Universo.

El “*yo*” es el “*Verbo*”, la “*Palabra*”, el hebreo “*Dabar*”, uno con Dios, y quien creó todos los Universos:

Juan 1:1:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.”

El griego “*Logos*” se queda muy corto ante la riqueza semántica de la voz hebrea “*Dabar*”, que nos llega escrita con tan sólo tres consonantes: “*Dálet*”, cuyo significado es “*puerta*”, y su valor numérico es 4; “*Bet*”, cuyo significado es “*casa*”, y su valor

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

numérico es 2; y “*Resh*”, cuyo significado es “*cabeza*”, y su valor numérico es 200, lo que nos da un número acumulado de 206, cuya suma total es $2 + 6 = 8$.

Este número, el 8, apunta al octavo día, cuyo sentido es el de corresponder al siguiente al *Séptimo*, el *Shabat*, el *Santo Sábado*, y al mismo tiempo al primero de la semana, el símbolo del mundo venidero que Jesús el Cristo inaugurará para su pueblo remanente en el glorioso Día de su Segunda Venida.

“*Dabar*” no tiene traducción literal a ninguna de nuestras lenguas occidentales, de modo que los traductores se encuentran ante esta voz con el reto de traducirla a veces por “*palabra*”, “*dichos*”, “*cosa*”, “*asunto*”, “*mandamiento*”, “*enseñanza*”, “*instrucción*”, “*encomienda*”, “*mensaje*”, “*camino*”, “*ley*” y “*testimonio*”, por cuanto todo eso es lo que encierra y engloba dentro de sí.

¿Qué relación puede haber entre todas las realidades que abarca esta voz hebrea, y particularmente su sentido de “*cosa*” o “*cosas*”?

La respuesta radica en el acto creador de Dios, por el cual todas las “*cosas*” salieron de sus manos, lo que implica que todas ellas, absolutamente todas y sin excepción, generan en nosotros al menos una experiencia que nos conduce a Él.

Eso es lo que más nos puede aproximar al sentido de la voz “*Dabar*”, es decir, el papel de signo de Dios que se halla en cada acto creador y en cada criatura, dentro de la cual vibra el “*Dabar*” divino:

Juan 1:1-3, 14:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.

Este era en el principio con Dios.

Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.

En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella...

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.”

El “*Dabar*” hecho carne humana es Jesús de Nazaret, el Cristo (‘Mesías’, ‘Ungido’) de Dios.

Cuando hablamos del *Verbo de Dios*, de la *Palabra de Dios*, del “*Dabar*” de Dios, estamos refiriéndonos a la misma persona: Aquél en quien estaba la vida, y esa vida verdadera es la luz de los hombres.

Los textos en los que Jesucristo habla de sí mismo como la “*luz*” son de sumo interés:

Juan 12:36: *“Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz.”*

Juan 3:20: *“Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas.”*

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Juan 1:5: “*La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella.*”

Una traducción más literal sería “*y lo oscuro no la atrapó*”, “*no pudo con ella*”, “*no pudo detenerla*”, “*no logró poseerla*”, “*no la abarcó*”, “*no consiguió apagarla*”.

La luz que ilumina en la oscuridad identifica lo oscuro con la injusticia que rige en el mundo.

Sólo la “*luz*” es fértil, sólo la “*luz*” es creadora; de donde deducimos que la “*luz*” verdadera es el “*Dabar*” de Dios, y que el “*Dabar*” es Dios.

El “*Dabar*” encarnado es la representación gráfica que se ve, que se toca, que se huele, que se percibe:

El relato bíblico se desarrolla en ese espacio, o para ser más precisos, “*es*” ese espacio creado por el “*Dabar*” de Dios.

En ese sentido, el texto bíblico es en sí revelación, manifestación en y a través del registro del lenguaje por el que la Palabra Encarnada se acerca a nosotros.

ESAÚ Y JACOB.

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Génesis 27:22.

Todos los conflictos bélicos, tanto los que se producen entre personas como entre naciones, son guerras de conciencias que se oponen, por definición, enfrentando visiones que se excluyen mutuamente, y que pueden concretarse, como vamos a tratar de exponer, tan sólo en dos.

Esta situación de mutua exclusión aparece en varios escenarios en las Sagradas Escrituras, pero nosotros vamos a centrarnos en esta ocasión en el episodio representado por estos dos hermanos: Esaú y Jacob.

Ellos dos representan dos principios que son la fe dada por Dios a su pueblo y el imperio de turno:

Génesis 25:19-28:

“Estos son los descendientes de Isaac hijo de Abraham: Abraham engendró a Isaac, y era Isaac de cuarenta años cuando tomó por mujer a Rebeca, hija de Betuel arameo de Padam-aram, hermana de Laban arameo.

Y oró Isaac a YHVH por su mujer, que era estéril; y lo aceptó YHVH, y concibió Rebeca su mujer.

Y los hijos luchaban dentro de ella; y dijo: Si es así, ¿para qué vivo yo? Y fue a consultar a YHVH;

Y le respondió YHVH: Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos serán divididos desde tus entrañas; el un pueblo será más fuerte que el otro pueblo, y el mayor servirá al menor.

Cuando se cumplieron sus días para dar a luz, he aquí había gemelos en su vientre.

Y salió el primero rubio, y era todo velludo como una pelliza; y llamaron su nombre Esaú (“peludo”).

Después salió su hermano, trabada su mano al calcañar de Esaú; y fue llamado su nombre Jacob (“el que toma por el calcañar”). Y era Isaac de edad de sesenta años cuando ella los dio a luz.

Y crecieron los niños, y Esaú fue diestro en la caza, hombre del campo; pero Jacob era varón quieto, que habitaba en tiendas.

Y amó Isaac a Esaú, porque comía de su caza; mas Rebeca amaba a Jacob.”

Muchos comentarios bíblicos se refieren al patriarca Jacob como “suplantador” o “engañador”, basándose en la acción de Jacob al hacerse pasar por Esaú frente a su padre para conseguir la bendición de la primogenitura, la cual se la había comprado a Esaú, quien no la tenía en estima.

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

El texto bíblico afirma que Jacob tenía su mano agarrada al talón de Esaú, y la voz hebrea “akev” significa efectivamente “talón”.

La palabra para “mano” es el hebreo “yad”, y se representa por la letra “yod”, es decir, que el nombre “Jacob”, el hebreo “Ya’akov”, no significa “suplantador”, sino sencillamente “mano en el talón”.

Si analizamos la vida de Jacob, desde el vientre de su madre, conoceremos al verdadero Jacob.

Lo que el Señor le dijo a Rebeca fue que el mayor serviría al menor, lo que significa que el menor tendría los derechos de la primogenitura.

Por eso fue que Jacob compró tales derechos a Esaú, quien no los valoraba.

Lo más probable es que Rebeca compartiera con Jacob lo que el Señor le había profetizado, una decisión que no fue de Jacob ni de Rebeca, sino un decreto del propio Señor en su soberanía.

¿Qué importancia tenían los derechos de la primogenitura?

¿Cómo vio el Señor el caso de Esaú al respecto de la primogenitura?

Génesis 25:29-34:

“Y guisó Jacob un potaje; y volviendo Esaú del campo, cansado,

dijo a Jacob: Te ruego que me des a comer de ese guiso rojo, pues estoy muy cansado. Por tanto fue llamado su nombre Edom (“rojo”).

Y Jacob respondió: Véndeme en este día tu primogenitura.

Entonces dijo Esaú: He aquí yo me voy a morir; ¿para qué, pues, me servirá la primogenitura?

Y dijo Jacob: Júramelo en este día. Y él le juró, y vendió a Jacob su primogenitura.

Entonces Jacob dio a Esaú pan y del guisado de las lentejas; y él comió y bebió, y se levantó y se fue. Así menospreció Esaú la primogenitura.”

Continúa la historia, cuando llegamos al momento en que Esaú había alcanzado la edad de cuarenta años:

Génesis 26:34-35:

“Y cuando Esaú era de cuarenta años, tomó por mujer a Judit hija de Beerí heteo, y a Basemat hija de Elón heteo;

y fueron amargura de espíritu para Isaac y para Rebeca.”

El desenfreno de Esaú le hizo tomar también por esposas a mujeres cananeas, como vemos en Génesis 36:1-3:

“Estas son las generaciones de Esaú, el cual es Edom:

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Esau tomó sus mujeres de las hijas de Canaán: a Ada, hija de Elón heteo, a Aholibama, hija de Aná, hijo de Zibeón heveo,

Y a Basemat hija de Ismael, hermana de Nebaiot.”

Aquella elección de mujeres cananeas fue realizada por Esau para molestar a su padre, ya que él sabía que al bendecir a Jacob le había prohibido tomar por esposa a ninguna mujer cananea:

Génesis 28:6-9:

“Y vio Esau cómo Isaac había bendecido a Jacob, y le había enviado a Padan-aram, para tomar para sí mujer de allí; y que cuando le bendijo, le había mandado diciendo: No tomarás mujer de las hijas de Canaán;

y que Jacob había obedecido a su padre y a su madre, y se había ido a Padan-aram.

Vio asimismo Esau que las hijas de Canaán parecían mal a Isaac su padre;

Y se fue Esau a Ismael, y tomó para sí por mujer a Mahalat, hija de Ismael hijo de Abraham, hermana de Nebaiot, además de sus otras mujeres.”

Esau optó por desobedecer el mandamiento del Señor según Deuteronomio 7:1-4:

“Cuando YHVH tu Dios te haya introducido en la tierra en la cual entrarás para tomarla, y haya echado de delante de ti a muchas naciones, al heteo, al gergeseo, al amorreo, al cananeo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo, siete naciones mayores y más poderosas que tú,

y YHVH tu Dios las haya entregado delante de ti, y las hayas derrotado, las destruirás del todo; no harás con ellas alianza, ni tendrás de ellas misericordia.

Y no emparentarás con ellas; no darás tu hija a su hijo, ni tomarás a su hija para tu hijo.

Porque desviará a tu hijo de en pos de mí, y servirán a dioses ajenos; y el furor de YHVH se encenderá sobre vosotros, y te destruirá pronto.”

Por eso nos dice la Escritura que el Señor amó a Jacob, pero aborreció a Esau:

Malaquías 1:1-3:

“Profecía de la palabra de YHVH contra Israel, por medio de Malaquías.

Yo os he amado, dice YHVH; y dijisteis: ¿En qué nos amaste? ¿No era Esau hermano de Jacob? Dice YHVH. Y amé a Jacob,

y a Esau aborrecí, y convertí sus montes en desolación, y abandoné su heredad para los chacales del desierto.”

Hebreos 12:15-16:

“Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotado alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados;

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

no sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura.”

También suelen citar la mayoría de los comentaristas bíblicos que Jacob engañó a su suegro Labán para robarle el ganado, pero para empezar debemos recordar que fue el propio Labán quien engañó a Jacob al darle a Lea por esposa, en vez de a Raquel, y constantemente hizo lo mismo:

Génesis 31:6-9:

“Vosotras (Raquel y Lea) sabéis que con todas mis fuerzas he servido a vuestro padre; y vuestro padre me ha engañado, y me ha cambiado el salario diez veces; pero Dios no le ha permitido que me hiciese mal.

Si él decía así: Los pintados serán tu salario, entonces todas las ovejas parían pintados; y si decía así: Los listados serán tu salario; entonces todas las ovejas parían listados.

Así quitó Dios el ganado de vuestro padre, y me lo dio a mí.”

Las Sagradas Escrituras revelan también que Dios cortará para siempre la descendencia e Esaú:

Abdías 1:10:

“Por la injuria a tu hermano Jacob te cubrirá vergüenza, y serás cortado para siempre.”

Jeremías 49:10:

“Mas yo desnudaré a Esaú, descubriré sus escondrijos, y no podrá esconderse; será destruida su descendencia, sus hermanos y sus vecinos, y dejará de ser.”

Dios escogió a Jacob, y a través de uno de sus hijos, Judá, vendría el Mesías Sufriente, *Yeshúa*, latinizado “*Jesús*”.

Pero el enemigo ha procurado destruir a los hijos de Jacob, es decir, de Israel.

Génesis 3:15:

“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar.”

La simiente, Israel en la persona de Jesucristo, aplastaría la cabeza de la serpiente, el maligno, enemigo de Cristo y de los hombres.

Pero hasta que eso ocurra, Satanás, la serpiente antigua perseguirá y procurará la destrucción de Israel y su descendencia.

De hecho, Herodes, quien mandó matar a los niños de Belén y sus entornos, con el fin de eliminar a Jesús, era un edomita, es decir, un descendiente de Esaú.

Sabiendo esto, la serpiente quiso revertir la profecía:

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

¿Por qué Jacob, que es Israel, le estaba sujetando el talón a Esaú?

¿Sería que Esaú estaba tratando de aplastar la cabeza de Jacob en el vientre de su madre?

Los dos hermanos proceden de un mismo origen, de un mismo seno.

Esa proximidad puede dar lugar a la causa de su rivalidad y sus fricciones familiares.

El relato bíblico atribuye a cada uno de estos dos hermanos características que remiten a dos cosmovisiones, a dos maneras diferentes de ser y vivir en el mundo.

Como hemos visto, Esaú era cazador y guerrero, por lo tanto inclinado a la vida inquieta en el exterior.

No se trata de un hombre que valore la vida interior, la reflexión para buscarse a sí mismo.

Jacob, por el contrario, es un hombre muy dado a la convivencia en las tiendas, lo que nos habla de su inclinación a la interioridad y las actividades pacíficas, no a la guerra.

Jacob debe aprender a adaptarse al mundo: De ahí el paso de “*Jacob*”, “*torcido*”, a “*Jesurín*”, “*enderezado*”.

Ellos dos representan dos aspectos posibles de la realidad humana.

Esaú representa al imperio de turno, a sus conquistas; Jacob representa al pueblo de Dios.

Siempre habrá un Esaú, así como siempre habrá un Jacob.

El espíritu que sobrevive en Occidente, la idea política del estado secular en su forma inalterable, la idea del Imperio dominador y toda su sangre derramada, el poder de las iglesias que siguen la ruta del cristianismo organizado y su vinculación con el poder estatal u otras potencias patrocinadoras, el afán por el lucro y la dominación, y la noción misma de la propia cultura occidental cristiana, y su pretendida superioridad, provienen de la sucesión de imperios que Esaú representa en cuanto a su adaptación al sistema tras el cual se halla agazapado el maligno, el enemigo de Dios y de los hombres.

Jacob, quien después de luchar con el Ángel de YHVH es llamado “*Israel*” (Génesis 32:45), representa el principio metafísico con el que tienden a identificarse (a identificarnos) quienes somos partícipes del alma hebrea, es decir, de la fe de Cristo:

Como hemos visto en Génesis 25:29-34, cuando Esaú vende sus derechos de primogenitura, se manifiesta claramente su desprecio a los valores espirituales a cambio de lo material, de lo efímero, frente a lo eterno.

Tengamos presente que la “*primogenitura*” no es un derecho natural.

Antes bien, según el testimonio de las Sagradas Escrituras, se trata de un deber, de una carga de responsabilidades asumidas por aquél que ha sido juzgado digno de ella.

No se trata, pues, de una realidad biológica, ni de un derecho natural, sino espiritual.

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Recordemos que el heredero de Abraham es Isaac, su segundo hijo, y no Ismael, su primogénito.

Jacob, antes de morir, invierte en forma deliberada al primogénito y al menor.

Entre los doce hijos de Jacob, Leví, el tercero, hijo de Lea, será el encargado del sacerdocio, y Judá, su cuarto hijo, será el jefe de la tribu real.

Lo que se transmitió de padre a hijo no es tanto un “*haber*”, sino un “*deber*”.

Lo que está en juego no es la transmisión de bienes materiales acumulados, la herencia que salvaguarda la institución familiar, sino la promesa:

Génesis 12:2-3:

“Pero YHVH había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré.

Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición.

Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré.; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.”

La promesa está ligada a ciertos deberes, y su aparición en el relato coincide con el momento en que Abraham mismo se somete a nuevas obligaciones:

Génesis 17:1:

“Era Abram de edad de noventa y nueve años, cuando le apareció YHVH y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto.”

Génesis 22:15:

“Y llamó el Ángel de YHVH a Abraham segunda vez desde el cielo.”

Génesis 22:18:

“En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz.”

Volviendo al tema de los dos hermanos, al preferir la satisfacción de una necesidad inmediata –simbolizada por su impaciencia por comer– queda evidenciado que Esaú ya había renunciado a la primogenitura en lo hondo de su ser, desde antes de que culminara este episodio.

En el *Talmud* (cuyo significado es “*enseñanza recibida de un maestro*”), formado por discusiones rabínicas sobre leyes, tradiciones, costumbres, narraciones, dichos, parábolas, historias y leyendas, redactadas entre los siglos III y V d.C., en un famoso tratado del mismo (*Avodá Zara, 2a*), se evoca la escena en que todos los pueblos del mundo llegan para ser juzgados ante el tribunal divino, y dice así:

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

“En los tiempos por venir, Dios traerá un rollo de la Torá, lo abrazará contra su pecho y dirá: ‘Que todos aquellos que han obrado a favor de la Torá vengan y tomen su paga...

En primer lugar se presentará el Imperio Romano...

Dios dijo: ¿Cuál ha sido tu obra? Ellos respondieron: Señor del mundo, hemos construido muchos mercados y muchos baños, hemos multiplicado el oro y la plata, y todo ello lo hemos hecho por Israel, para que Israel pudiera ocuparse de la Torá...

Dios respondió: ¡Locos! Todo lo que habéis hecho lo habéis hecho para vosotros. Habéis hecho mercados para instalar allí a las prostitutas; habéis construido termas para el placer de vuestros cuerpos; en cuanto al oro y la plata, sólo a mí me pertenecen: Hageo 2:8.”

Hageo 2:8:

“Mía es la plata, y mío es el oro, dice YHVH de los ejércitos.”

El texto no reprocha al Imperio Romano haber fundado una brillante civilización material, sino haberla convertido en un fin en sí misma.

En realidad, no se puede dar una mejor definición de lo que verdaderamente es la idolatría.

Se comprende ahora mejor por qué los principios de estos dos hermanos –Esaú y Jacob– deben necesariamente negarse el uno al otro, excluirse, desarrollarse por caminos absolutamente antagónicos.

El poderío de los impíos se expresa mediante instituciones, monumentos y ciudades destinadas a durar, incluso con pretensiones de perpetuarse y alcanzar la eternidad.

Esa fue la actitud y el propósito de la generación que levantó la ciudad de Babel, es decir, Babilonia, y la torre que la distinguió, lo que se expresa con el viejo hebraísmo de “*hacerse un nombre*”, y cuyo sentido es el volverse inmortales:

Génesis 11:1-9:

“Tenía entonces toda la tierra una sola lengua y unas mismas palabras.

Y aconteció que cuando salieron de oriente, hallaron una llanura en la tierra de Sinar, y se establecieron allí.

Y se dijeron unos a otros; Vamos, hagamos ladrillo, y cozámoslo con fuego. Y les sirvió el ladrillo en lugar de piedra, y el asfalto en lugar de mezcla.

Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra.

Y descendió YHVH para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres.

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Y dijo YHVH: He aquí el pueblo es uno, y todos estos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer.

Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero.

Así los esparció YHVH desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad.

Por esto fue llamado el nombre de ella Babel (del hebreo 'balal') porque allí confundió YHVH el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra."

Hagamos aquí memoria para recordar que los dioses de la religión del imperio de turno, cualesquiera sea su nombre, viven en templos cercanos a los palacios y demás edificios suntuosos en las ciudades reales o imperiales.

Las gentes se encuentran con sus dioses en esos lugares "sagrados" en los que la oscuridad tiene que ser combatida mediante la suntuosidad del oro y las piedras preciosas.

En esos lugares, sus dioses tienen bocas, pero no hay aliento en ellas; tienen ojos, pero no ven; tienen manos, pero no tocan; tienen pies, pero no andan, sino que tienen que ser llevados por los artífices que los hicieron, porque son como espantajos de melonar, y tan fatuos como sus hacedores:

Jeremías 10:1-16:

"Oíd la palabra que YHVH ha hablado sobre vosotros, oh casa de Israel.

Así dijo YHVH: No aprendáis el camino de las naciones, ni de las señales del cielo tengáis temor, aunque las naciones las teman.

Porque las costumbres de los pueblos son vanidad; porque leño del bosque cortaron, obra de manos de artífice con buril.

Con plata y oro lo adornan; con clavos y martillo oo afirman para que no se mueva.

Derechos están como palmera, y no hablan; son llevados, porque no pueden andar. No tengáis temor de ellos, porque ni pueden hacer mal, ni para hacer bien tienen poder.

No hay semejante a ti, oh YHVH; grande eres tú, y grande tu nombre en poderío.

¿Quién no te temerá, oh Rey de las naciones? Porque a ti es debido el temor; porque entre todos los sabios de las naciones y en todos sus reinos, no hay semejante a ti.

Todos se infatuarán y entontecerán. Enseñanza de vanidades es el leño.

Traerán plata batida de Tarsis, y oro de Ufaz, obra del artífice, y de manos del fundidor; los vestirán de azul y de púrpura, obra de peritos es todo.

Mas YHVH es el Dios verdadero; él es Dios vivo y Rey eterno; a su ira tiembla la tierra, y las naciones no pueden sufrir su indignación.

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Les diréis así: Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra, desaparezcan de la tierra y de debajo de los cielos.

El que hizo la tierra con su poder, el que puso en orden el mundo con su saber, y extendió los cielos con su sabiduría;

A su voz se produce muchedumbre de aguas en el cielo. Y hace subir las nubes de lo postrero de la tierra; hace los relámpagos con la lluvia, y saca el viento de sus depósitos.

Todo hombre se embrutece, y le falta ciencia; se avergüenza de su ídolo todo fundidor, porque mentirosa es su obra de fundición, y no hay espíritu en ella.

Vanidad son, obra vana; al tiempo de su castigo perecerán.

No es así la porción de Jacob; porque él es el Hacedor de todo, e Israel es la vara de su heredad; YHVH de los ejércitos es su nombre.”

Sus mediadores son sacerdotes elitistas sostenidos por los estados seculares constituidos por los poderes explotadores de los pueblos.

El frío patronazgo jerárquico fomenta las relaciones interpersonales y la división de los pueblos en clases sociales.

Los recursos son escasos, y la competencia económica, con pocos vencedores privilegiados y una muchedumbre de perdedores, constituye la conciencia social camuflada bajo el eufemismo de “*mercado libre*”.

Las interacciones humanas se deterioran mediante la sospecha y la violencia.

La tierra y sus recursos pertenecen a los monarcas, con o sin corona, es decir, a quienes pueden permitirse su adquisición, acumulación y especulación.

La religión del imperio de turno fomenta las relaciones coercitivas dirigidas por la fuerza, la manipulación, el dominio, la jerarquización, el afán por el lucro y la dominación, como podemos constatar en el estudio de la historia.

Y el resultado son muertes, hambrunas, suicidios, depresiones, alienaciones, perpetuación de los conflictos bélicos para el desarrollo de la industria armamentista, la proliferación de los pesticidas, la devastación ecológica, la comida basura y todas las demás importaciones del “*American Way of Life*”.

La propia Iglesia Cristiana, romanizada a partir de finales del siglo III con su *sincretismo constantiniano*, ahora experimenta un proceso de “*americanización*” semejante en sus nefastas consecuencias.

Los imperios cambian de ubicación y nombre, pero la realidad de la explotación de los oprimidos bajo las bendiciones del clero de turno continúa siendo la misma.

La religión de la Creación y la religión del Imperio (de turno) pueden estar claramente representadas por Esaú y Jacob en sus respectivas opciones vitales.

La religión de la Creación se encuentra obviamente en la creación y en la gente.

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Dios puede ser hallado en los verdaderos lugares sagrados, es decir, en los ríos, en los valles, en los campos, en la mesa compartida, la intimidad humana y el diálogo.

La religión de la Creación se caracteriza por las relaciones igualitarias, la hospitalidad, la solidaridad y el amor.

De ahí que nuestro Señor Jesucristo en su doctrina no nos haya dejado ninguno de los artículos de fe expresados en términos abstractos que nada, absolutamente nada dicen al corazón, sino que sólo nos haya pedido que trabajemos para compartir, para que perdonemos y construyamos la paz.

La religión del imperio es el “zulo” en el que sus secuaces pretenden mantener secuestrado a Jesucristo.

Nos han engañado al decirnos que la iglesia, del griego “*ekklesia*”, significaba solamente “*congregación*”, “*asamblea*”, silenciando su sentido más profundo, es decir, los “*llamados a salir*”.

Pero, muchos pueden preguntarse ¿de dónde somos llamados a “*salir*”?

Recordemos a Abraham, llamado por Dios a salir de Ur, capital del imperio caldeo, dejando atrás su tierra y su parentela, elementos representativos de los principales medios del sistema para capturar a los humanos, especialmente los lazos familiares, los antepasados, el sistema hereditario, el aparato del estado secular y el sistema religioso.

Recordemos a Moisés, quien igualmente fue llamado por Dios para salir con su pueblo de debajo de la garra opresora del imperio faraónico egipcio.

La historia de la salvación puede entenderse con mucha más luz cuando constatamos que se trata de una secuencia de llamadas divinas a salir del sistema restrictivo del imperio de turno para encaminarse hacia la vida abundante, la que será siempre espiritualizada por los siervos religiosos del imperio o sus lacayos ignorantes.

Quienes nos oponemos al Imperio de turno -entiéndase el sistema vigente impuesto por las armas y la ignorancia de los pueblos- creemos que solamente hay una opción en respuesta a la violencia, la esclavitud y la destrucción que el sistema genera y sostiene con ansias de perpetuación: Esa opción es la de emprender el camino de salida.

En Apocalipsis 18:1-5 hallamos un pasaje en el que el remanente fiel es llamado a salir de Babilonia:

“Después de esto vi a otro ángel descender del cielo con gran poder; y la tierra fue alumbrada por su gloria.

Y clamó con voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible.

Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites.

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades.”

Hagamos un poco de historia: La destrucción de Babilonia fue profetizada por el profeta Isaías:

Isaías 13:19-20:

“Y Babilonia, hermosura de reinos y ornamento de la grandeza de los caldeos, será como Sodoma y Gomorra, a las que trastornó Dios.

Nunca más será habitada, ni se morará en ella de generación en generación; ni levantará allí tienda el árabe, ni pastores tendrán allí majada.”

La palabra profética se cumplió con toda precisión. En el año 539 a.C., cuando los hebreos estaban a punto de terminar sus setenta años de exilio, la ciudad de Babilonia fue conquistada por los medos y los persas, y con el paso del tiempo la gran urbe quedó convertida en un montón de ruinas, exactamente como había sido profetizado. Y en ese estado permanece hasta el día de hoy.

Entonces, cuando Babilonia llevaba tantos siglos destruida, ¿a qué *Babilonia* se refiere el Señor al pedir a su pueblo que salga de ella, como hemos visto en Apocalipsis 18:4?

Evidentemente, se trata de una ramera simbólica denominada “*Babilonia la Grande*”.

Así lo describe Juan en el relato de su visión registrada en Apocalipsis 17:1-6:

“Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas; con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación.

Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos.

Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación;

Y en su frente un nombre escrito, un misterio:

BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA.

Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro.”

Todo apunta a que esa ciudad prostituida sea una entidad político-económico-religiosa. En definitiva, un sistema de poder mundial.

No olvidemos que la Babilonia histórica fue una ciudad profundamente religiosa, con más de cincuenta templos dedicados a muy diversas deidades.

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Los babilonios adoraban a muchos dioses, y creían en la inmortalidad inherente del alma humana, la doctrina satánica introducida por el propio Satanás cuando engañó a nuestros primeros padres prometiéndoles que si desobedecían a Dios no morirían (Génesis 3:4); doctrina que penetró también en la cristiandad como parte del sincretismo constantiniano desde finales del siglo III d.C.

Para los babilonios, el alma humana descendía en el momento de la muerte del hombre a un oscuro mundo de ultratumba, donde continuaba su existencia.

Esta fue una doctrina que se extendió por todo el mundo, hasta penetrar en la cristiandad, donde sigue enseñándose en la actualidad con algunas ligeras modificaciones en la inmensa mayoría de las iglesias del cristianismo institucionalizado.

Pero volviendo al drama entre Esaú y Jacob, y lo que ambos representan, es evidente que Esaú debe anular a Jacob, ya sea asimilándolo o aniquilándolo. Y esa es una lucha que continúa hasta la actualidad, y que se agudizará en la medida en que entramos en el principio de dolores, hacia la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo.

En Génesis 32:22-32 hallamos el pasaje en el que Jacob se enfrenta al Ángel del Señor:

“Y s levantó (Jacob) aquella noche, y tomó sus dos mujeres, y sus dos siervas, y sus once hijos, y pasó el vado de Jacob.

Los tomó, pues, he hizo pasar el arroyo ellos y a todo lo que tenía.

Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba.

Y cuando el varón vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba,

Y dijo: Déjame, porque raya el alba. Y Jacob le respondió: No te dejaré, si no me bendices.

Y el varón le dijo: ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Jacob.

Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido.

Entonces Jacob le preguntó, y dijo: Declárame ahora tu nombre. Y el varón respondió: ¿Por qué me preguntas por mi nombre? Y lo bendijo allí.

Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel; porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma.

Y cuando había pasado Peniel, le salió el sol; y cojeaba de su cadera.

Por esto no comen los hijos de Israel, hasta hoy día, del tendón que se contrajo, el cual está en el encaje del muslo; porque tocó a Jacob este sitio de su muslo en el tendón que se contrajo.”

La victoria de Jacob en este episodio radica en la bendición recibida.

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Vamos a concluir citando un cuento o parábola del *Talmud*, en el *Tratado Sanedrín 98a*, donde se relata un encuentro de *Rabí Yehoshúa ben Leví* con el profeta Elías (principios del III siglo d.C), famoso por su caridad y tolerancia de los judíos mesiánicos del momento.

Esta rica parábola talmúdica dice así:

“¿Cuándo vendrá el Mesías?” Le preguntó el Rabí Yehoshúa ben Leví al profeta Elías.

“Pregúntaselo a él”, respondió Elías.

“¿Dónde está, para que se lo pregunte?” preguntó el Rabí.

“En la puerta de la ciudad”, respondió Elías.

“Pero, ¿cómo le conoceré?” preguntó el Rabí.

“Está con los pobres cargados de enfermedades”, repuso Elías.

Rabí Yehoshúa ben Leví fue a verlo, lo halló y le dijo:

“¿Cuándo vendrás, Maestro?”

“Hoy”, le respondió el Mesías...

Rabí Yehoshúa ben Leví volvió donde estaba Elías, y éste le preguntó:

“¿Qué te dijo?”

El Rabí respondió: “Me engañó, porque me dijo que vendría hoy, y no ha venido.”

Elías le respondió: “No has entendido. He aquí lo que el Mesías te dijo: ‘¡Oh, si escucharais HOY su voz!’”

Salmo 95:6-9:

“Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de YHVH nuestro Hacedor.

Porque él es nuestro Dios; nosotros el pueblo de su prado, y ovejas de su mano.

Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón, como en Meriba, como en el día de Masah en el desierto, donde me tentaron vuestros padres, me probaron, y vieron mis obras.”

POESÍA Y PROFECÍA

En Oriente no queda duda respecto a la vinculación entre el poeta y el profeta.

No parece casual la coincidencia en las letras que forman ambas voces.

Y aunque no toda poesía ha de ser necesariamente profecía, no es posible hallar profecía que no sea poesía, por cuanto toda profecía nace en el seno de la poesía.

Si dijéramos que la poesía es un cuerpo adoptado por el espíritu profético, no estaríamos lejos de la realidad más honda que somos capaces de vislumbrar.

Fue Richard Wagner (1813-1883) quien sabiamente afirmó que “*no todo ruido es música*”, y lo mismo podemos afirmar respecto a la poesía y la profecía.

Un verso escrito siguiendo las reglas de la rima y la métrica no produce necesariamente poesía.

La poesía es arte, y el arte es la única revolución que no causa derramamiento de sangre.

La poesía genuina es música del alma, danza del corazón, soplo del Espíritu.

Y es ahí donde la poesía y la profecía se unen en un abrazo sincero e inseparable.

No hay fuerza en el universo que pueda forzar la danza del corazón; sólo el soplo del Espíritu puede lograrlo.

Cuando nuestro Señor Jesucristo dice en el Evangelio que nadie puede ver, y por lo tanto nadie puede entrar en el Reino de Dios, a menos que hayamos nacido de nuevo, nos está revelando que una disposición a la búsqueda del placer no es un signo de vida del alma.

Los gozos y placeres del mundo son externos y pasajeros, y sólo reflejan un tenue sentimiento de la necesidad del gozo interior e imperecedero que todo ser anhela.

El alma se aviva cuando el Espíritu alcanza las honduras del ser. Por eso es importante reconocer que no tenemos un alma, sino que un alma es lo que somos.

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Después de chocar contra las espesas murallas de este mundo caído, el alma se vuelve hacia sí misma, y así es como volviendo en sí podemos renacer a la poesía de la que dimana la profecía.

Nuestra naturaleza carnal nos mueve a la lucha al hallar las barreras que se levantan a nuestro paso.

Así es como nos han enseñado y hemos aprendido a vivir deslizándonos sobre la superficie de la existencia luchando a brazo partido.

Pero cuando el alma se deja acariciar por el soplo poético del Espíritu, abandonamos nuestra tendencia a devolver los golpes.

Nuestra alma, a pesar de haber nacido en este mundo para vivir, es en realidad, y a causa del pecado, una tumba inerte.

Es el soplo poético de la profecía el que nos hace despertar.

Ese despertamiento es el que se traduce en arte, música, poesía y profecía.

Así es como nace el poeta, sin necesidad de conocer la mecánica de la rima y la métrica. Al menos, sin que ese conocimiento sea imprescindible para su expresión.

Ese despertamiento afecta a la imaginación y al sentir, ámbitos esenciales para discurrir por el camino de la espiritualidad.

Cuando esto no se da, la ausencia de espiritualidad convierte a todo sistema religioso en un túmulo del Dios Viviente.

Todas las Escrituras tenidas por sagradas fueron dadas a los pueblos en forma poética.

Pero millones de cristianos ignoran que también fue así tratándose de la Biblia, la cual nos ha llegado como legado poético.

Si extrajéramos la poesía de las Sagradas Escrituras judeo-cristianas, nos quedaríamos solamente con unas cuantas referencias históricas carente de Espíritu, del hálito de la vida.

Eso es lo que Jesús de Nazaret quiso decirnos al referirse a la letra que mata, y al Espíritu que vivifica, asegurándonos que sus palabras eran Espíritu y Vida.

Espíritu y Vida podría ser la mejor definición del arte, de la poesía, de la profecía.

Ningún hombre o mujer, por muy cultivado y sabio que haya llegado a ser, ha podido dar un texto sagrado a sus hermanos los humanos, los compañeros del viaje de la vida, sin hacerlo recurriendo a la poesía.

De ahí se desprende la razón por la que los profetas expresaron siempre la verdad recibida y sentida en términos poéticos, no necesariamente con cultismos de compleja definición, sino con el misterio de la palabra llana, de corazón a corazón, conocedores de sus limitaciones, pero conscientes de la mística de esa palabra.

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Por eso es que el profeta no suele ser consciente del alcance de su palabra, e igualmente le sucede al poeta.

Curiosamente, en Oriente al profeta se le conoce con el vocablo “*payghambar*”, voz que con ligeras variantes se da en las lenguas persa, iraní, urdu, turco y árabe, y cuyo significado es “*payam*”, “*mensaje*” y “*bar*”, “*portador*”; es decir, “*mensajero*”, el encargado de llevar la palabra de parte de uno a los demás.

En realidad, todos los seres humanos somos portadores de la palabra, es decir, de un impulso que está encerrado en nuestros corazones, que la mayoría no sabemos descifrar, y que al exponerlo brota irrefrenablemente como poesía.

Poetas y profetas son los portadores de la parábola y del sueño. Cuando se zambullen en el mar interior de su alma acceden a la contemplación que les vuelve en entendidos, en iluminados para enseñar la justicia a la multitud:

Daniel 12:3: “*Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad.*”

El profeta no se queda extasiado ante la contemplación, sino que llega un momento en la vida del profeta cuando su contemplación se abre y le revela lo que subyace a la apariencia.

Aunque para el mundo sea un mero soñador, incluso despreciable, el profeta cantará su poema sin reparar en las consecuencias que su exposición pueda causarle.

La tendencia a la verdad y a la belleza será motivadora de su poema, de su canto, de su danza.

La espiritualidad ha sido desplazada del ámbito de la religión establecida, institucionalizada, apegada al poder.

Los profesionales de la religión han buscado en la Biblia doctrinas, generalmente expresadas en términos abstractos y con sus valores filosóficos, pero al precio de ignorar su poesía.

Sólo algunos valientes se ha atrevido a acoger las Sagradas Escrituras como poesía, como verdades que nos pueden llevar a tocar, a acariciar, la piel del mundo y de los hombres, de todas las almas, donde se manifiesta la fuente de la armonía, la belleza, la paz y el amor.

CONCLUSIÓN:

¿Cómo podemos responder a la llamada a salir del imperio?

¿Cómo podemos emprender el camino de salida de Babilonia?

¿Cómo dejar de apoyar un sistema basado en la explotación de los más débiles, en la destrucción, la violencia y la guerra?

¿Cómo dejar de contribuir al fortalecimiento del sistema que convierte a los enriquecidos explotadores en cada día más enriquecidos, y a los empobrecidos explotados en cada día más empobrecidos?

¿Habremos de esperar que algún partido político dentro del sistema, y, por consiguiente, beneficiario del mismo, provea las herramientas y los mecanismos necesarios para la transformación de la sociedad humana?

Creemos que tal cosa será una baldía espera, una inútil expectativa, un esfuerzo vano y un árido anhelo.

No merece la pena esperar tal hecho, pues nadie tira piedras contra su propio tejado.

Algunos rehúsan someter a sus hijos al sistema educativo de los centros de adoctrinamiento del sistema imperante.

Hay quienes plantan huertos y producen sus propios alimentos en la medida de lo posible, pues no quieren sentirse culpables de la destrucción ecológica generada por la producción masiva de la explotación capitalista.

Hay también quienes han dejado de participar en las elecciones políticas, pues están convencidos, y no les falta razón, que votar es simplemente cooperar en el fortalecimiento del sistema que perpetúa la injusticia.

También hay algunos, aunque pocos, que se declaran objetores fiscales de conciencia y dejan de pagar sus impuestos, lo que les acarrea la más dura represión por parte del aparato estatal.

Una breve aproximación a la revelación y el papel del lenguaje con sus implicaciones sociales

Hay quienes componen y cantan poemas dedicados a la libertad, al amor, a la sensibilidad y la utopía, para después de alcanzar el éxito volverse vergonzosamente al sistema del que aparentaron haber salido.

Otros se tienen que limitar a apagar el televisor y algunos otros medios electrónicos.

También hay quienes renunciamos a participar en las llamadas “*redes sociales*” que tanto enredan, aunque tengamos que soportar el guiño y la mueca despreciativa de quienes sólo aspiran en la vida a tener una tarjeta de visita que ofrecer en la que se lea “*director*” de cualquier cosa.

Otros procuramos hacer algunas de estas cosas, pocas realmente, y adoramos al Dios de la Creación, no al “*dios*” que toma partido en las guerras del imperio por el petróleo, el aumento de territorialidad sobre la que extender su poderío, para lo que el imperio de turno también cuenta con la exportación de su sistema religioso, desde cuyo planteamiento une *la cruz a la espada y el trono al altar*.

Nosotros procuramos dar estudios bíblicos y predicar sermones subversivos sobre aquel bendito Jesús de Nazaret, la “*Palabra*” encarnada, quien anunció la llegada de un Reino alternativo a los imperios de turno, llamado el “*Reino de Dios*”, enseñándonos a buscarlo, con su justicia, como el primordial absoluto en nuestros objetivos.

Hacemos poco, pero incluso por lo poco que hacemos sentimos despertar en nuestro medio una sensación de “*admiración-rechazo*” y de “*amor-odio*”, o al menos nos parece percibir tal reacción.

Y si así no fuera, pues mejor, porque sin amigos resulta difícil vivir.

Seguramente al amable y paciente lector se le ocurrirá alguna otra forma alternativa de “*salir de Babilonia*” dentro de sus posibilidades.

Salir de la Babilonia de turno es también una manera de profetizar, es decir, de hacer poesía.

Quiera Dios, quien tan rico es en misericordia, ayudarnos a discernir su revelación en la Palabra.

Mucho amor.

Joaquín Yebra, pastor.
